

# La madriguera. Revista de cine (Ediciones de intervención cultural S.L.)

Título:  
El dogma según Ibsen

Autor/es:  
Alberó, Pere

Citar como:  
Alberó, P. (1999). El dogma según Ibsen. La madriguera. (17):72-72.

Documento descargado de:  
<http://hdl.handle.net/10251/41768>

Copyright:  
Reserva de todos los derechos (NO CC)

La inclusión de este artículo en el repositorio se enmarca dentro del proyecto "Estudio y análisis para el desarrollo de una red de conocimiento sobre estudios fílmicos a través de plataformas web 2.0", financiado por el Plan Nacional de I+D+i del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España (código HAR2010-18648), con el apoyo de Biblioteca y Documentación Científica y del Área de Sistemas de Información y Comunicaciones (ASIC) del Vicerrectorado de las Tecnologías de la Información y de las Comunicaciones de la Universitat Politècnica de València.

Entidades colaboradoras:



## El dogma según Ibsen

El dogma según Ibsen

### Celebración

(Festen)

Thomas Vinterberg

Dinamarca, 1998

Seguramente no es la mejor manera acudir a una sala cinematográfica cargado de prejuicios sobre la película que se va a ver, pero en estas producciones con diploma Dogme-95, sus ocultos (!) directores nos obligan a entrar en la sala con una predisposición que no puede obviar el despliegue mediático que han tenido la sarta de memeces que figuran en su voto de castidad, recogido en los diez mandamientos que componen Dogme-95. Es difícil, además, desvincular el acercamiento a *Celebración* de una de las personalidades cinematográficas más fariseas y oportunistas de estos últimos años (el que antes figuraba como director de cine Lars von Trier), ahora al frente de esta revolución que parece ser la única digna de ser tenida como tal, en la his-

toria del cinematógrafo.

Contrariamente, la primera sorpresa se produce al comprobar que las revolucionarias palabras que servían para promocionar las películas del diploma dan paso, en *Celebración*, al tradicional drama burgués –según Henrik Ibsen– con toda la batería de efectos dramáticos habituales en el escritor noruego, eso sí, enmascarados por un tratamiento de la imagen que le proporciona el oportuno barniz de modernidad, que no de novedad.

El planteamiento inicial nos sitúa ya en el ambiente habitual de los dramas de Ibsen. Una familia burguesa, que indiferentemente se podría situar en el siglo pasado, se reúne para una gran celebración; felicidad, despreocupación, un escenario lujoso que se irá revelando en prisión a medida que la armonía inicial se resquebraje –igual que en las piezas de Ibsen– por el desvelamiento de los fantasmas del pasado. Desvelamiento que regulará la intensidad dramática del filme.

Estamos, pues, ante una estructura narrativa que, lejos de “hacer que la vida interior de los personajes justifique su argumento” como pretenden los autores de Dogme-95, opera al revés, o sea, haciendo que las acciones de los personajes se produzcan en el momento y con la intensidad que el diseño dramático reclama, según los dictados más ortodoxos de la dramaturgia burguesa. Idéntica ortodoxia sigue la

confrontación entre el mundo de los señores y el de los criados, cuyo epicentro se encuentra en la cocina, de donde emana una visión frontal y franca de la vida, frente al anquilosamiento hipócrita y enfermizo de los señores. Para poner punto final –también en la clave habitual de los dramas de Ibsen– con el triunfo de un espíritu regenerador. Pero incluso en este extremo *Celebración* no consigue alcanzar ni la contundencia ni la audacia que Ibsen lograra en 1879 con su *Casa de muñecas*, donde la protagonista rompía de raíz con los vínculos que se generan en la familia. Aquí el culpable es señalado, apartado, pero el desayuno puede seguir celebrándose en familia. Cumplida la catarsis, el molde está listo para volver a ser utilizado.

*Celebración* se agota en su propia dramaturgia, sin revelar nada que no haya revelado una larga tradición de obras de reconocimiento y exorcismo burgués, pero, paradójicamente, en una película con diploma revolucionario. Su principal valor y atractivo radica en su consistencia al cumplir con los requisitos de la “pieza bien hecha”. Esto es, en su solidez dramática, en la indentificación con el mundo del espectador, en la precisa regulación del factor sorpresa, en la consistencia y reconocimiento de los personajes, avalados por las interpretaciones de los actores. Y a todo esto, le podemos añadir un uso de la imagen que, sin ser lo novedosa que profetizaba el Dogme-95, víctima, en muchos momentos, de un manierismo impuesto por la necesidad de estar a la altura de unos dictados apriorísticos, quizás revelados (?), consigue, por la persistencia observadora de la cámara, por su indiscreción en el seguimiento, por la persecución incluso a la que somete a los personajes, ir extrayendo de ellos aquello que permanecía oculto. A falta de conocimiento, el nuevo dogma nos aporta el tradicional reconocimiento.

Pere Alberó

